

AMOR Y VENGANZA.

CONTINUACION.

II.

Absorto el jóven veía
el espectro tremebundo,
y su corazón latía,
y de cólera se oía
su respirar furibundo.

—Donde quiera que voy, doquier que miro,
vision, le dice, vasmé persiguiendo;
el verte me dá horror, tiemblo, deliro
y siempre tú mis pasos vas siguiendo.
Huye de aquí, que de pavor espiro;
tu siniestra intencion yo no comprendo;
mas si te gozas en mi desventura,
confúndate el Criador desde la altura.

Huye de aquí, que la ventura mía
intentas destruir, lo he comprendido:
déjame pues gozar siquiera un día
del inmenso placer por tí perdido.
Tú en tormento trocaste mi alegría,
tú mi dicha en pesar has convertido;
y antes que el fin de tus maldades veas,
vete, horrible vision, maldita seas.

Cuando asoma la aurora por oriente
todo respira gozo y alegría,
y el sonoro murmullo de la fuente
parece que saluda al nuevo día:
el acento amoroso allí se siente
de las aves que trinan á porfía;
y mientras tú mi mal haces eterno
horrenda sombra del maldito averno.

No me encantan las auras matutinas,
ni del manso arroyuelo la corriente,
ni la fragante rosa que entre espinas
luce su caliz puro y trasparente:
no me placen sonrisas peregrinas,
ni negros ojos, ni nevada frente...
que al perseguirme tú, vision impia,
arrebataste la ventura mía.

—Eres cobarde, sí, temes al verme:
¿dónde está tu valor, doncel maldito?
dí si temblabas al escarnecerme
y al consumir infame tu delito?
¿Nó temiste castigo al ofenderme?
Pues vengar esa ofensa necesito.
Quiero tu sangre, jóven insolente,
quiero escupir en tu orgullosa frente.

¿Con esa risa quieres insultarme?
teme, infelice, tu funesta suerte,
porque solo he venido aquí á vengarme
y con mi mano á darte horrible muerte:
no intentes, no, con ruegos desarmarme
ni á mis designios quieras oponerte,
que he de romper esos amantes lazos
y hacerte el corazón dos mil pedazos.

Calma, doncel, ese insolente brio:
¿es tuya esa muger, hombre menguado?...
yo sabré castigar el brazo impio
que tan precioso bien me ha arrebatado.
Por tí mi lecho se encontró vacío,
por tí mi corazón fué destrozado...
Burlaste mi poder con negra afrenta,
y á demandarte vengo estrecha cuenta.

Por eso doquier que has ido
mi vista allí te seguía;
nunca tu huella he perdido,
y siempre te ha perseguido
la justa venganza mía.

—¿Con qué eras tú? tú, menguado,
quien cual sombra aterradora
has mi ventura turbado?...
¿Tú eres quien no me ha dejado
vivir tranquilo una hora?

Y osas hasta á mi venir
á insultarme impunemente,
á gozarte en mi gemir,
y con sarcasmo abatir
mi orgullosa y noble frente?

Dices que á darme la muerte
solo en mi busca has venido...
nada pues debe imponerte,
ni debes atrás volverte
de la intencion que has traído.

Que si mi maldita estrella
me hace á tus pies sucumbir,
prefiero antes que perdella
morir, para que con ella
jamás te viera partir.

Que es preferible la muerte
á vivir y padecer:
apréstate á defenderte;
mas vé que mi brazo es fuerte,
y solo sabe vencer.

Aquí nada te importuna,
y aunque te falta razon
no desprecies la fortuna,
y al reflejo de la luna
arráncame el corazón.

Mas tu maldad nada alcanza:
de nada sirve tu brio;
y de saciar tu venganza
no conserves esperanza
pues se opone el brazo mio.

Apártate pues de mi
y no mas sigas mi huella...
La tumba te espera, si:
que la tumba es para tí
y para mi solo, ella.

Que tú, aleve, la infamaste
porque tu amor no queria:
en su pesar te gozaste
y su beldad marchitaste
en su mas florido día.

«Entre mi amor y la muerte
escoje, tú la decias:
de mí depende tu suerte;
en vano es pues oponerte
y vanas son tus porfias.»

«Que al morir depositaron
tus padres en mí un tesoro,
su autoridad me dejaron,
tu protector me nombraron...
con que es en valde tu lloro.»

De pavor así impelida
ella defensa buscó,
y con la frente abatida
maldijo su triste vida,
maldijo cuando nació.